

la pedagogía. La visión negativa de la vida es una manera de mostrarnos el anverso de las realidades. Quizás uno de los párrafos más significativos de esta novela es el que dice: "Los otros días sentía una nulidad de mi ser, que en estos instantes no la tenía. Estaba casi alegre. Atribuí mi regocijo a la ausencia de mis compañeros, que eran los que aportaban una fuerza negativa al estar en conjunto."

En estas palabras, puestas en boca del protagonista, está implícita la glosa del pensamiento rector de la novela. He aquí las ideas del pedagogo John Dewey: "El mal mayor de la sociedad actual no se encuentra en la pobreza y en los sufrimientos que supone, sino en el hecho de que tantas personas ejerzan profesiones u oficios que no les atraen, realizándolos simplemente por la recompensa económica que proporcionan. Pues tales profesiones provocan constantemente aversión, mala voluntad y un deseo de desatenderlas y eludir-las. Ni el corazón ni el espíritu de los hombres se entregan a ellas."

Jaime Laso ha novelado este conflicto de índole espiritual. Y ha seguido rectamente, sin crear situaciones decorativas. *¿El Cepo* es una novela triste? De ninguna manera. Es una obra realista, una copia de la vida. Incluso los temas del amor están vistos de una manera escueta, como algo que forma parte del vivir y que adviene en las innumerables vueltas del camino del hombre.

Algunas páginas de este libro son de gran pureza estilística, fondo y paramento literario se equilibran, rezumando amargura: "Quisiera arrancar esas barreras en que está encerrada la limitación de la vida humana; quisiera huir del mundo; estoy como en un cepo, en el cual no puedo mover cabeza, pies, ni manos."

He aquí una valiosa aportación a la más reciente novelística chilena, ahora encauzada por rumbos de universalidad.

VICENTE MENGOD.



Poemas de Ruta, de XIMENA GAUTIER GREVE.

Santiago, 1958

EN LA BREVE PRESENTACION que Juvencio Valle hace de Ximena Gautier, en el libro *Poemas de ruta* —primera obra de esta pequeña lirida—, dice: "Frente al canto de una niña, sólo debiéramos responder con un poema". Tiene razón,

desde su punto de vista, el inspirado autor de *El Libro Primero de Margarita*, porque él es poeta. Lo que es nosotros, aunque lo quisiéramos con toda el alma, no podríamos sobrepasar la barrera de nuestras buenas intenciones, y por hoy debemos conformarnos con escribir algunos párrafos en humilde y desaliñada prosa.

El libro de Ximena Gautier —*Poemas de ruta*— va rodando por las rutas del mundo, deslumbrando con la claridad de su poesía, desde el año pasado. Cumplía recién trece años Ximena, cuando reunió sus poemas en volumen, y desde ese momento debió resignarse a aceptar que se le llamara en más de una ocasión “la Minou Druet chilena”. Pero no es ella la primera a la que se pueda dar tal nombre, pues en 1957 Gilda Piacentini, de menos de siete y medio años, publicó un pequeño libro titulado *Jugando con palabras*. Por supuesto que no hay comparación entre ambas: mientras la primera “juega con las palabras”, Ximena —pequeña también, aunque no tanto como Gilda— se entretiene en un *juego* más serio, con el que consigue hacernos sentir su honda emoción.

Y no es que en ello influya la “gracia” de la niña (como las *gracias* de esas pequeñinas al hacer un pinito o balbucir el primer agú), sino su poesía que es, francamente, notable, sorprendente, nada común en una niña de su edad. Sus medios de expresión son simples, diáfanos; y las imágenes —de la infinidad que seguramente aflora a su mente durante el trance creador— que aprisiona para construir un poema revelan cierta originalidad, audacia y prematuro sazón, que promete futuras cosechas más ricas en cuanto cabe a plenitud y dominio del verso.

La poesía de la pequeña Ximena se caracteriza por su acento dolido, por la quejumbre de su soledad, que revela tácitas ansias de liberación, no del claustro paterno sino de la palabra alada, que debe someterse a normas impuestas por un natural recato que le impiden abrir todo el registro poético que posee. Escuchemos su *confidencia* del poema inicial:

Hoy me amo profunda,
triste y sola . . .

Y más adelante:

Hoy me canto llorosa,
temblante y lejana. . . .

Seguramente ella quisiera revelar —y sabe cómo hacerlo— un pequeño

secreto, un sueño de niña superior que atesora en su alma la riqueza divina que no todas las que ostentan pergaminos de poeta poseen.

Veamos cómo empieza en *La ciencia del alma*:

Hoy quiero que mi bestia
cante y llore
y que esté sola:
libre...

Hoy quiero que la conciencia
vuele, y no me llame
y se vaya.

Toda su poesía rezuma sufrimiento, desesperación, enojo de no sentirse libre, de no tener *confianza* para volcar su grito, entero, en las orillas de su mundo de sueños, de ansias, de aglomerados impulsos tentadores, que limita un pudor infantil, con frenados ímpetus:

Parece
que ya nadie me oye
y que
todo se ha ido.
Y estoy sola.

(Y yo).

Y en *Yo quisiera*:

Quisiera expresar
en palabras
el dolor que nadie comprende.

Quisiera no saber
y olvidar
y callar...

Veamos esta *comprensión* un tanto "omarkhayyámica", al dialogar con un tabor de su estancia (conviene recordar que también tiene un *Canto al vino*):

¿Quién eres, jarro?
Soy el hueco perfumado.
Soy la cuenca bella
donde esconde su pena
un gemido...

Su canto, en este su primer libro, con ser bello y de una pureza silvestre, deja la sensación de que algo ha omitido o reprimido, cuidándose de no quebrantar ciertas reglas ni rebasar la tolerancia aceptable de una chica de trece primaveras, lo que le constriñe a conservar todavía guardadas muchas cosas en el cobre de su silencio.

Ultimamente ofreció un recital en la Universidad de Chile, confirmando en esa ocasión lo que venimos afirmando. En su poema *¡Quiero!*, por ejemplo, se observa alborozo pleno al exclamar:

¡Quiero! . . .
 ¡Quiero! . . .
 ¡Quiero ser una piedrecita
 de esa arena
 que llora de gozo
 bajo el peso de tu pie!

Como se ve, el progreso es evidente; su voz se advierte más espontánea; su emoción no sufre podas al tomar forma en el verso. El hecho de haber publicado un libro y de presentarse en público a recitar sus poemas, le confiere, seguramente, mayor confianza y seguridad para cantar libremente, lo que le permite comunicar su mensaje poético sin calados, más entero, más íntimo y maduro.

H. B.



La Cuarta Dimensión, poemas de MARIO
 FERRERO. Ediciones del "Grupo Fuego".

MARIO FERRERO celebró la última Pascua con un magnífico regalo que él mismo se hizo: *La cuarta dimensión*, su cuarto libro de poemas, lugar de ubicación de lo que hasta hoy ha oleado y sacramentado en volumen y que nada tiene que ver con el título citado, ni con la tétrada, aunque ésta tal vez tenga algún punto de contacto con *La cuarta dimensión* del poeta —los extremos se tocan—, al escaparse él del mundo tridimensional a explorar juguetonamente por los mundos maravillosos de la poesía. En una linda experiencia, propia de un nauta soñador que dispone de todos los elementos que se precisan para saltar del mundo de las formas rutinarias a aquellos que el profano no puede concebir, ver ni apreciar con sus sentidos, limitados